

## *Egun bereko alarguntza*

(Estampa escenificada sobre el poema del título)

### FIGURAS DE LA ACCION

El Canto.—El Comentario.—La Curiosidad.—La Emoción.—Doña Gabriela de Loitegui.—Don Pedro de Irigaray.

Chistus, armónicas, dulzainas.

### CUADRO UNICO

*(Al levantarse el telón la escena estará a oscuras, de forma que los espectadores no puedan distinguir nada en ella. Al cabo de unos segundos, EL CANTO, representado por un hombre de pueblo, época actual, vestido de día de fiesta, iniciará el recitado del poema que habrá de decir, casi cantándolo, con melodía de bersolari. Poco a poco, muy lentamente, irá iluminándose el escenario, lo mismo que si estuviera amaneciendo. Los telones de fondo y boca ofrecerán un paisaje de monte, del País, con un sendero practicable, al fondo, por donde pasará EL CANTO diciendo su poema.*

*A la izquierda del actor, y hacia la mitad del fondo, como si fuera un pequeño escenario dentro del grande, un rincón, lo más esquematizado que sea posible, de una habitación de casa palaciega del País, formado por dos trozos de paredes, en ángulo, como un corte en sección. Al iniciarse la iluminación de la escena, este rincón apare-*

cerá cubierto por un bastidor representando un elemento del paisaje, acordado a la decoración general. Cuando EL CANTO haya dicho la mitad de su poema, y la luminosidad de la escena aparezca todavía muy velada, se retirará disimuladamente el bastidor que cubre el pequeño rincón en el que habrá, adosado al ángulo, una cama y, yacente en ella, vestido a la manera del siglo XVII, un hidalgo, don Pedro de Irigaray; sentada a su lado, velándolo, rígida, inmóvil como un mármol, doña Gabriela de Loitegui, vestida, en gala, de señora del País, de la misma época; sobre la mesilla de cabecera, una jarra de agua, un tazón de loza y una cestita con limones. Descubierta este rincón, la escena se iluminará totalmente. EL CANTO seguirá diciendo su poema, de paso por el sendero y, cuando lo termine, desaparecerá).

EL CANTO.—“Goizian goizik jeiki nunduzun, ezkuntu nintzan  
[goizian;

Bai eta ere zetaz beztitu ekia jelki zenian.  
Etxek'andere zabal nunduzun eguerdi erditan,  
Bai eta ere alargunzta gazte ekia sartu zenian.

—Mus de Irigaray, ene Jaona, altxa izadazut buria,  
Ala dolutzen ote zaizu enekila ezkuntzia?

—Ez, ez, et zitadazu dolutzen zure espusatzia,  
Ez eta ere doluturen bizi nizano, maitia.

Nik banizuun maitetxo bat mundu orenen ixilik,  
Mundu orenen ixilik eta Jinko jaonari ageririk;  
Buket bat igorri ditadazut lili arraroz eginik,  
Lili arraroz eginik eta erdia pozuaturik.

—Zazpi urtez etxeki dizut gizon ila kanberan;  
Egunaz lur otzian eta gayaz bi besuen artian  
Zitru-urez ukuzten nizun astian (gun batian  
Astian egun batian eta ostirale goizian.”

(Antes de que EL CANTO termine su recitado y desaparezca, surgirá en la escena, muy discretamente, indiferente a lo que le rodea, EL COMENTARIO, representado por un hombre joven, bien vestido, de nuestra época, y se situará en el ángulo exterior derecho, en la visera del escenario, fuera de los telones de boca. Cuando se apague el eco de la canción, dirigiéndose al público, pero con una gran naturalidad y sin el menor tono declamatorio, lisa y llanamente, aunque muy despacio, dirá):

EL COMENTARIO.—¿Habéis oído? No ha sido una flor de primavera que se abra a la luz del día, fresca y fragante, o un pájaro con trémulo batir de alas, arrastrado por el viento sur, sino una bella canción de Soule que entonan las muchachas del País mientras sus manos desgranaban habas frescas en la cocina o bordan rosas entrelazadas, en su ropa de boda. También los hombres la cantan, en el monte, cuando van de camino. Como ella hay otras muchas; todos las hemos escuchado con emoción. Son viejas canciones populares que guardan en esencia, aroma de membrillo, leyendas de la tierra vasca.

*(Entran en escena la CURIOSIDAD y la EMOCION, representadas por dos muchachas, bien puestas, aquélla de claro, ésta de oscuro pero no de negro, cogidas por detrás, a la altura de la cintura. Sus propios nombres dicen de su estado animico y de sus reacciones. Aparecerán por delante del pequeño escenario del rincón doméstico, vueltas sus cabezas hacia la sala del público, de forma que no puedan ver aquél. El COMENTARIO, al terminar su monólogo, habrá quedado en el ángulo exterior derecho de la visera del escenario, de modo que pase inadvertido a aquéllas, que tampoco lo verán en el primer momento.)*

LA CURIOSIDAD.—Me pareció haber oído una canción, y aquí no hay nadie.

LA EMOCION.—Era preciosa.

EL COMENTARIO *(adelantándose tígeramente)*.—Sí, Egun bereko alarguntza.

LA EMOCION *(sobresaltada)*.—¡Ay, qué susto!, no le habíamos visto. Perdónenos; creíamos que no había nadie.

LA CURIOSIDAD.—Y dígame, ¿era usted quien cantaba?

EL COMENTARIO.—No; era el pueblo, un hombre que subía de Segura a Cerain, por el atajo.

LA EMOCION.—Yo sólo oí las estrofas finales, pero más que una canción me pareció una paloma herida que se fuera quejando en su vuelo.

LA CURIOSIDAD. *(Al descubrir, de pronto, el grupo del rincón; sorprendida pero no asustada)*.—¿Qué es eso?

LA EMOCION. *(Muy asustada, al verlo, se sujeta fuertemente a su amiga y trata de acercarse en pareja a EL COMENTARIO buscando su defensa)*.—¡Ay Dios mío, qué susto tan grande!; tengo miedo; vámonos de aquí.

EL COMENTARIO.—No te asustes, nena; estás bajo el hechizo de la canción.

LA EMOCION.—Quiero irme; vamos, vamos.

EL COMENTARIO.—Calma, mujer, calma; son viejos amigos nuestros.

LA CURIOSIDAD.—Pero ¿quiénes son?; ¿qué hacen ahí?

EL COMENTARIO.—Ella es Gabriela de Loitegui, hija de Bernardo, Señor de los Palacios de Aincille, de Ipharce y de Santa María de Larcevan.

LA EMOCION.—Ya no puedo seguir; estoy temblando de la cabeza a los pies.

EL COMENTARIO.—No te apures, no es nada: la canción que se te ha metido en el pecho y te hace palpitarse con su aleteo.

LA EMOCION.—Pero me duele; parece una pesadilla lo que veo y sin embargo no lo es; son figuras reales, las veo perfectamente.

EL COMENTARIO.—Como nosotros, de carne y hueso.

LA CURIOSIDAD.—Y él, ¿quién es?

EL COMENTARIO.—Pedro, el de las casas de Irigaray de Alzay y Casenave de Mendite.

LA CURIOSIDAD.—¿Y qué hace que no se levanta?

LA EMOCION.—Yo siento frío.

EL COMENTARIO.—Ellos, no; sin embargo, tienen más motivos que tú para sentirlo. Si le quitamos a la leyenda, la emoción, quedarán en figuras de grupo funerario nada más: mármol.

LA CURIOSIDAD.—El parece dormido, y ella debe velar su sueño.

EL COMENTARIO.—Su sueño eterno.

LA EMOCION.—¡Qué espanto!

EL COMENTARIO.—¡Qué dirá ella entonces! Pero mira qué tranquila está; se diría que espera a que el esposo despierte.

LA CURIOSIDAD.—¿Y no despertará?

EL COMENTARIO.—No; murió en seguida de la boda, sin tiempo para haberla besado en la boca. Fué ella, Gabriela de Loitegui, quien dió el primer beso nupcial; el primero y el último porque él, Pedro de Irigaray, ya estaba frío.

LA EMOCION.—Me tiemblan las piernas; no puedo estar en pie, voy a caerme.

EL COMENTARIO.—Sosíégate, es la canción que te conmueve.

LA CURIOSIDAD.—Y ella, ¿por qué no se va, si él está muerto?

EL COMENTARIO.—Porque es su viuda; viuda sin haber sido es-

posa, solo novia o, a lo sumo, mujer de un muerto; ya véis, auténtica esposa de tragedia antigua.

LA CURIOSIDAD.—Me hubiera gustado vivir en su época. ¡Qué ensueño! Nuestros dramas, por angustiosos que sean no tienen vuelo de romance; son simples errores de contabilidad, desequilibrio en los números.

LA EMOCION.—Y qué serena está; es majestuosa como una reina de alabastro; para serlo no le faltan más que almohadones de mármol labrado.

EL COMENTARIO.—Así es en efecto; Gabriela de Loitegui mereció haber nacido reina; todo en ella es real. Aceptó el trágico trance con manifiesta serenidad, sin verter una lágrima. Sufrió en silencio, encerrada en sí misma, hierática, como si hubiera muerto también. Lo que no quiso aceptar fué la separación conyugal; una esposa amante no puede renunciar sin violencia a abrazar, siquiera una vez, a su marido.

LA CURIOSIDAD.—Pienso que aunque se reunieran todos los espíritus del Mal no llegarían a imaginar castigo más cruel para una esposa enamorada.

LA EMOCION.—Desgraciada Gabriela de Loitegui.

EL COMENTARIO.—Pues ahí la tenéis desde hace siglos junto al cadáver de su esposo. Cuando él murió, ella no quiso túmulos negros ni ceras encendidas: la cama nupcial con colchones de pluma y sábanas de hilo con bordados de encaje había de ser su sepultura, la cama de matrimonio hecha para que la compartieran los dos en amores y sueños.

LA EMOCION.—¡Sueño de cadáver insepulto!

EL COMENTARIO.—Era de ella y no quiso entregarlo a la tierra sin haberlo gozado.

LA CURIOSIDAD.—Sin embargo, los muertos quieren tierra.

EL COMENTARIO.—Y las esposas, marido; antes es la esposa que la tierra. Gabriela de Loitegui no quiso renunciar a su sagrado fuero de mujer casada y ahí está, junto al esposo muerto. Ni las comadres ni las malas lenguas podrán decir que lo abandonó.

LA CURIOSIDAD.—Yo no sé si hizo bien, pero me temo que le habrá servido muy poco a su consuelo.

LA EMOCION.—Las mujeres somos de buen conformar y nos consolamos con nada; en seguida nos dejamos engañar si el amor de un hombre anda por medio.

EL COMENTARIO.—A ella la consuela la canción; cuando una

voz la canta, la primavera del amor le despierta el corazón dormido como una flor que se abiera al sol y al agua de mayo, y vuelve a renacer, una y otra vez, al cabo de los años y los siglos; es la ramita verde en el árbol carcomido y seco.

LA CURIOSIDAD.—Lo grave es que ya no la canta nadie, en el País.

LA EMOCION.—Yo la he oído cantar en ocasiones y la he cantado también alguna vez, aun desconociendo que al cantarla diera consuelo a Gabriela de Loitegui.

EL COMENTARIO.—Ahora ya lo sabéis, vuestro canto será para ella el de la alondra que anuncia el nuevo día.

LA EMOCION.—¡Día trágico para la novia-viuda!

*(Se oye a lo lejos, las notas sueltas de una armónica, como si buscaran el tono adecuado.)*

EL COMENTARIO.—Pss, callad, que hoy es el día precisam.nte.

*(Las dos muchachas, sobrecogidas por la inesperada advertencia, se agrupan asustadas y se acercarán aún más a EL COMENTARIO, en un deseo de auxilio, puestos los ojos, en inquieta y sobresallada interrogante, tanto en el grupo estático que forman Gabriela de Loitegui y Pedro de Irigaray como en el ambiente que las rodea, con miedo a los duendes, se podía decir.)*

EL COMENTARIO, inquieto también, a la espalda de las dos muchachas, las cubrirá con sus brazos y mirará anhelante al grupo estático, lo mismo que sus compañeras de escena. Después de unos segundos de tanteo, la armónica inicial y varios instrumentos, dulzainas y chistus, situados en distintos lugares ocultos del escenario, que ensayaron notas diversas buscando el tono adecuado, ejecutarán una melodía muy dulce.

*En seguida, Gabriela de Loitegui, que hasta ahora habrá permanecido inmóvil, lo mismo que si fuera una estatua, se levantará rígida, solemne y, sin perder un momento su empaque, se acercará a la mesita de cabecera y, procurando que el público pueda verle todos sus movimientos, echará agua de la jarra en la taza y escanciará, estrujándolo con las dos manos, el zumo de un limón en el agua. Seguidamente cogerá el tazón y un paño blanco, se volverá hacia el cuerpo yacente de su marido y le limpiará la cara con amoroso cuidado. Lo contemplará arrobada un instante, le dará un beso en la frente, dejará los útiles en su sitio y volverá a sentarse, recordando su posición de estatua.)*

LA CURIOSIDAD.—¿Qué ha hecho? *(con mucho misterio),*

EL COMENTARIO.—Lavar la cara a su marido.

LA CURIOSIDAD.—¿Y lo hace con frecuencia?

EL COMENTARIO.—Los viernes de cada semana; los pastores y los labriegos de Soule, le anuncian con su música que ha llegado el día. Y ella lo cumple como un rito.

LA CURIOSIDAD.—¿Por cuánto tiempo mantendrá su voto?

EL COMENTARIO.—Mientras se cante la canción.

LA EMOCION.—Pues pidámosle al Señor, que no se apague nunca su eco por todas las montañas del País.

### TELON RAPIDO

